

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario general dio la vuelta para Guatemala, y de cómo llegó al convento del Viejo”

p. 228-231

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

[CAPÍTULO XLVI]

*De cómo el padre comisario general dio la vuelta para
Guatemala, y de cómo llegó al convento del Viejo*

Lunes diez y seis de junio, concluida ya la congregación sobredicha en Granada, salió el padre comisario general de aquella cibdad, tan de madrugada, que aunque anduvo perdido un ratillo y estaba el camino de las lomas tan llovido y tan malo de pasar, que tuvo necesidad de apearse algunas veces de la bestia en que iba, porque con el agua se habían hecho grandes hoyos y barranquillas en el mismo camino; con todo esto, andadas aquellas cuatro leguas pequeñas, llegó antes que amaneciese al pueblo de Masaya. Cayó en una de aquellas barranquillas fray Pedro de Sandoval y cayó el mulato del síndico de San Salvador, que por mandado de su amo iba con el padre comisario, como atrás queda dicho, pero fue Dios servido que no recibieron daño ninguno. Pasó de largo por Masaya el padre comisario, y lo mesmo hizo por Nindiri, y andadas aquellas cinco leguas llegó muy cansado y fatigado al pueblo de Managua, donde se detuvo todo aquel día. Llovió mucho aquella tarde y mucho más después de media noche, y a aquella hora llegó un regalo y refresco que la encomendera de Masaya, española principal, le envió, el cual aquel día y otros hizo mucho provecho, porque no llevaba ninguno el padre comisario.

Martes diez y siete de junio salió el padre comisario de madrugada de Managua, y andada una gran legua por el atajo por donde había ido a la ida, al subir de la cuesta, junto a la fuente que va a dar a la laguna de León (como atrás queda dicho), era tan grande la obscuridad, así por estar el cielo muy nublado como por la alta y estrecha montaña que allí hay y por la estrechura del camino, que aunque los que iban delante llevaban unos paños blancos en las espaldas que servían de farol a quien los de detrás siguiesen, no bastaba esto para verlos y seguirlos. Estaba el camino todo ahoyado y lleno de barranquillas, que con la demasiada agua que había llovido y robado la tierra se habían hecho, y así iban todos los frailes a grandísimo peligro y con recelo de caer y hacerse pedazos, porque a la banda del sur había monte alto y ninguna anchura, ni aun lugar para apartarse ni salir del camino, y a la del norte estaba pegada con el mismo camino una profundidad temerosa, y cualquiera que por allí cayera fuera imposible escapar, si no fuera por milagro. En este mal paso, y a esta sazón y coyuntura, cayó fray Pedro de Sandoval con la bestia en que iba, y fue milagro quedar vivo, pero quiso Dios que cayese hacia

la parte del sur y así no se hizo daño ninguno, que a caer a la otra parte sin duda que pusiera en trabajo a los demás de llevarle a enterrar a Mariagua, donde está enterrado don fray Antonio de Zayas, fraile nuestro, obispo que fue de aquella provincia y obispado. Sucedió juntamente con esto que queriendo el mulato de San Salvador, que iba detrás de todos, pasar adelante a ayudar al Sandoval, como el camino era estrecho fue forzado a meterse con una yegua que llevaba entre los caballos, los cuales, aunque se alborotaron un poco, presto se quietaron, como si consideraran el peligro común en que estaban de despeñarse en aquella hondura, lo cual era muy verisímil que sucediera si su alboroto pasara adelante. Subida y bajada aquella cuesta amaneció, y andadas en todo tres leguas y media, llegó el padre comisario poco después de salido el sol al pueblo de Matiara; no se detuvo en él más de hasta tanto que le dieron un calabazón de agua y un indio que le subiese a lo alto de la cuesta alta y empinada que está allí junto; subióla el padre comisario con la fresca, y así no se le hizo muy trabajosa; después comió un bocado con sus compañeros y bebió de aquel agua, y vuelto el indio a su pueblo, prosiguió él su viaje, y andadas otras tres leguas y media llegó al poblezuelo de Nagarote, donde se detuvo toda aquel día. Llovió tanto en aquel pueblo desde las tres de aquella tarde hasta pasada media noche, que los del pueblo se pensaron anegar; el aposento donde estaba el padre comisario eran tan chico y estrecho y tenía tantas goteras que no había en él lugar seguro del agua, y así no pudo dormir ni descansar en toda la noche.

Cuando a la ida pasó por aquel pueblo llegó allí a aquel aposento un indio pequeño de cuerpo y mal vestido, aunque en hábito de español, y mandándole un fraile que tomase una escoba y barriese el aposento, mostró afrentarse dello, diciendo que él era corregidor y no había de hacer aquello, pero que lo mandaría a quien lo hiciese, y así se hizo. Después a la vuelta preguntó el padre comisario por aquel indio corregidor y mandó a otro que le llamase para verle; fue el alcalde por él y trujo un indio muy alto, zapatero y curtidor del pueblo, muy diferente del otro; de suerte que por corregidor entendieron curtidor. Con esta manera de gracia pareció poner en este lugar otra, aunque diferente, que tenía un muchachuelo medio español, que servía a los frailes en el convento de Granada, tan rara y particular que ponía espanto, y es que remedaba y contrahacía tanto a los gatos, así a los chicos como a los grandes, a hembras y a machos cuando andan en celo, y cuando riñen, que a unos y a otros a cualquier hora del día y de noche los hacía venir a sí.

Miércoles diez y ocho de junio, pasada el agua, ya cerca del día, salió el padre comisario de Nagarote, y por el mesmo camino que a la ida había llevado, andadas seis leguas y media de muchos lodos y barrizales,

e infinitos charcos, llegó a una estancia de un español de León, donde por ir muy cansado y ser muy devoto de nuestro estado se detuvo y descansó como media hora; luego prosiguió su camino, y andada otra legua y media llegó poco antes del día al pueblo de Xutiaba, donde se detuvo todo aquel día. Llovió aquella tarde y noche mucho, y así no pudo madrugar a otro día porque no cesó el agua hasta la mañana. Antes de llegar a aquel pueblo tuvo el padre comisario aquel día, en el mismo camino, cartas y aviso del convento del Viejo, de cómo las ciénagas de Zomoto y Condega estaban muy llenas, y los ríos iban de monte a monte, y que el guardián de Nacaome sabiendo esto había enviado canoas e indios y un fraile para llevarle por mar hasta su convento o hasta el de San Miguel, porque por tierra era imposible pasar por respeto de las dichas ciénagas y ríos.

Jueves diez y nueve de junio salió el padre comisario de día claro de Xutiaba con un indio viejo por guía, que sabía muy bien la tierra. Éste iba en un caballo tan flaco que no parecía tener más de los huesos y el pellejo, pero con todo esto iba siempre muy delante. La silla que llevaba era hecha de unas yerbas secas que parecían heno o eneas, con sus arzones delantero y trasero de lo mismo. Los estribos eran de cuero de vaca crudo, y por freno llevaba un mecate o cuerda que llaman barboquejo, y ésta es la común caballería de los indios de aquella tierra, porque a pocos dan licencia los gobernadores para que tengan silla y freno, lo mismo que lo de México, Michoacán y Yucatán, donde aún no pueden tener caballos sin licencia, y para silla y freno es menester sacar otra, excepto los de Yucatán, donde en dándoles licencia para tener caballo se la dan también para tener silla, para que puedan ayudar a los españoles cuando acuden franceses corsarios a aquella costa. Salido pues de Xutiaba el padre comisario pasó por Yacocayaua y por las dos Cinandegas, y luego el río Xiquilapa, y sin tocar en las otras dos Cinandegas llegó a Minagalpa; después pasó por Pozolteca, donde está el convento de los mercenarios, cuatro leguas de Xutiaba, y habiendo llevado en todo este camino mucha agua, así de la que caía del cielo como de la mucha que en el suelo estaba, llegó al otro pueblo llamado Chichigalpa muy mojado y quebrantado; allí aguardó al difinidor de Guatemala que quedaba atrás, y habiendo caído dos grandes aguaceros mientras allí estaba, entendiendo que ya no llovería más, prosiguió su viaje, y apenas había salido de las casas cuando vino otro aguacero que le hizo una sopa de agua. Llegó a Mazatega, y viendo que no cesaba el agua y que parecía querer llover todo el día, pasó de largo, y alargando el paso llegó a Chinandega, visita del Viejo, donde los indios le hicieron muy bien recibimiento; dioles las gracias y pasó adelante y finalmente llegó al pueblo y convento del Viejo,

cinco leguas de Pozolteca y nueve de Xutiaba, muy cansado y mojado. Saliéronle a recibir al camino muchos indios principales en sus caballos, vestidos como españoles, de los cuales no difieren muchos de aquéllos sino en no traer espadas. Allí en El Viejo halló el padre comisario al fraile de Nacaome y los indios que habían ido con las canoas, como se lo habían ya avisado, al camino, y entre ellos había dos caciques principales de la isla de la Teca, por donde le habían de llevar. Descansó el padre comisario en El Viejo solamente aquella noche, y dejando allí a fray Pedro Salgado, el lego, para que se fuese por tierra con las cabalgaduras, las cuales eran de San Miguel y Guatemala, partió él por mar en las sobredichas canoas, como agora se dirá.

[CAPÍTULO XLVII]

De cómo el padre comisario se embarcó en unas canoas en el Mar del Sur y pasó unas islas de la provincia de Guatemala

Viernes veinte de junio salió el padre comisario de día claro del pueblo y convento del Viejo, yendo en su compañía el guardián de aquella casa y tres o cuatro indios principales por guías, y caminando por una senda muy estrecha, que parecía de conejos y venados, pasadas muchas sabanas y dehesas de herbazales muy altos llenos de rocío, y un arroyo y algunas malas ciénagas, y andadas tres leguas, llegó al desembarcadero de los indios de las islas de la Teca, que es un estero muy grande y hondo que entra en el Mar del Sur, y por mejor decir, es el mesmo mar que crece y mengua dos veces al día, donde le estaban aguardando los indios con tres canoas puesto todo a punto; embarcóse luego y con él en una mesma canoa su secretario, y [en otra] el difinidor de Guatemala y fray Pedro de Sandoval; en otra iba el fraile de Nacaome y el otro que había llevado el pliego de México, repartido el hato de todos en todas tres, con las cuales se juntó otra que acabó entonces de llegar de las islas con mercadería de un español, y se quiso volver luego a su casa con las demás.

Son aquellas canoas que andan aquel viaje no muy largas, pero anchas, porque en lo hueco por el suelo tienen vara y media de ancho y otro tanto de alto, y vanse ensangostando y cerrando poco a poco por los costados hasta quedar en poco más de dos palmos en ancho de boca. Hácenlas los indios de unos árboles muy gruesos, en los cuales no hacen más de cavar aquella concavidad, y hacer una punta en la proa, quedándose